

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 30

ECUADOR: US\$ 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazu Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

68

Quito-Ecuador, agosto del 2006

PRESENTACION / 5-6

COYUNTURA

El Mercosur y su encrucijada: entre la disolución y un replanteo radical / 7-18

Mario Rapoport y Andrés Musacchio

De hojas de ruta a vericuetos: la reforma política en el Ecuador post-abril / 19-44

Edison Hurtado Arroba

Conflictividad socio – política Marzo–Junio 2006 / 45-50

TEMA CENTRAL

Los jóvenes en el Ecuador / 51-76

Chrystiam Cevallos

Comprender lo joven sublimación y condena:

los desencuentros del discurso / 77-88

Francisco Cevallos Tejada

Jóvenes y territorios urbanos: la noche en el centro paceño / 89-102

J. Alejandro Barrientos Salinas

Política vieja vs. sociedad joven / 103-108

María Paula Romo

Encuentro y desencuentro entre jóvenes y viejos

en los cargos de autoridad / 109-130

Máximo Quisbert Q.

Juventud, participación y ciudadanía Reflexiones para

la construcción del movimiento juvenil / 131-142

Pablo Romero Guayasamín

DEBATE AGRARIO

Inmigración de pueblos indígenas a España.

Los saraguros en el municipio de Vera (Almería) / 143-160

Pilar Cruz Zúñiga

ANÁLISIS

"Mas ciudad", menos ciudadanía: renovación urbana
y aniquilación del espacio público en Guayaquil / 161-198

Xavier Andrade

Salvador Allende, narcisismo, crisis y bancarrota
de la Izquierda chilena de los años 1970 / 199-222

Roberto Santana

Viabilidad de la aplicación del derecho autonómico
en la realidad ecuatoriana / 223-248

Xavier I. Macero

Reflexiones en torno a la migración internacional / 249-260

Rodolfo Casillas R.

RESEÑAS

El Gran Ausente: Biografía de Velasco Ibarra / 261-262

Ximena Sosa Buchholz

Salvador Allende, narcisismo, crisis y bancarrota de la Izquierda chilena de los años 1970

Roberto Santana

Sumario: *La historia del comportamiento de los diferentes componentes de la izquierda chilena implicados en la experiencia política de la Unidad Popular en el período 1970-1973, guarda aún numerosas "zonas de sombra". Mas allá de la abundante literatura fuertemente ideologizada, hay por suerte algunos trabajos realizados con rigor e imparcialidad que han contribuido a iluminar importantes espacios de la complejidad de los procesos sociales y políticos que tuvieron lugar en esa época.*

A pesar de todo, se puede todavía establecer un abundante repertorio de temas "en espera" de ser abordados o de ser sometidos a enfoques interpretativos viniendo de otras ópticas disciplinarias. Entre ellos: ¿Quiénes fueron los actores decisivos en la radicalización política?, ¿Cuál era el carácter de la socialización política de los militantes de los partidos de izquierda?, ¿Qué actitud de las direcciones y de los militantes frente a la perspectiva de una confrontación armada?, ¿Qué rol jugaron los "actores culturales" en la exacerbación política (mass medias, música popular "comprometida", pintura mural)?, y otros más...

Yo me propongo tocar aquí el tema de los actores de la radicalización de la política y de las masas populares durante el gobierno de Salvador Allende y la posición asumida por éste frente al fe-

nómeno. Me parece que la cuestión de las responsabilidades políticas de los principales actores de la izquierda en la confrontación social que tuvo lugar entre 1970 y 1973 permanece como un campo poco frecuentado. No se trata por cierto de establecer una cualquiera culpabilidad histórica ni de iniciar juicios personalizados puesto que, como se sabe, todo proceso histórico es el resultado de una diversidad de actores y de una gran variedad y complejidad de circunstancias. Pero no por ello debe hacerse tabla rasa del hecho de que en todos los procesos sociales y políticos, democráticos o revolucionarios, hay siempre responsables políticos de primer orden y conviene por lo mismo abordar el tema buscando ayudar a entender mejor ciertos pasajes de la historia que aparecen todavía bastante en la bruma. El lector verá que siguiendo esta

lógica, este artículo no entra en el tema de las iniciativas y de las acciones de la oposición de derecha ni de aquéllas del gobierno norteamericano a través de la CIA, tanto más que el autor considera que estas fueron eficaces en la medida en que encontraron del lado de la izquierda condiciones que les fueron extraordinariamente favorables.

La interrogación mayor para el caso que nos interesa parece ser ésta: ¿Cómo un gobierno de izquierda con un programa reformista o de transición al socialismo, que de cierta manera en sus objetivos representaba la continuidad con el populismo redistribuidor de las presidencias anteriores, que debía, supuestamente, ser realizado en la legalidad y en el respeto de las instituciones democráticas, es desbordado por la extrema izquierda y termina navegando a la deriva con un Estado en plena descomposición, por lo mismo inmanejable, sobre una sociedad convulsionada por la lucha de clases y sometida al desencadenamiento de las pasiones y de la violencia?

Es sin duda cierto que la Unidad Popular con sus promesas de reparación de injusticias, de ocuparse del mejoramiento de las condiciones de alimentación, de vivienda, de la previsión, de la salud para todos, de una mejor educación, etc., representaba de cierta manera una radicalización de las políticas populistas tradicionales y así haciendo abría amplios espacios para la expresión popular de reivindicaciones y para futuras fuertes movilizaciones sociales, sea siguiendo las políticas y la acción gubernamental, sea apartándose eventualmente y peligrosamente de éstas, en todo caso con grados diversos de inten-

sidad. El gobierno de Allende tenía necesariamente que contar con esas previsiones para su propio campo y encontrar manera de hacerles frente.

En cuanto a la estrategia económica propuesta por el programa, si bien las nacionalizaciones de las explotaciones mineras podían contar con un fuerte consenso político, la integración al "Área de propiedad social" de los llamados "monopolios industriales estratégicos" (a expropiar a la burguesía nacional), las grandes empresas de la distribución (a expropiar), el comercio exterior y la actividad financiera (a nacionalizar), constituían por el contrario dominios expuestos a una alta conflictividad, pero como nada estaba precisado ni calendarizado se podía pensar en su viabilidad política en un mediano y largo plazo contando sobre negociaciones eficaces y sin pretender apresurar los ritmos y quemar las etapas. Era una cuestión de dosificación de prudencia y en ciertos momentos también de audacia, pero sobre todo de capacidad creativa de los responsables políticos, condiciones obligadas para un tránsito a un posible socialismo democrático.

La viabilidad de tal programa fue cuestionada desde el interior del gobierno y desde el exterior por fuerzas que estuvieron por quemar las etapas, por no dejar tiempo al reformismo oficial de estabilizar las primeras conquistas y de consolidar los primeros pasos de una transición que necesariamente debía ser imaginada como durable. Esas fuerzas consideraban llegada la hora para avanzar resueltamente hacia la revolución socialista, con todas sus implicaciones en términos de cambio no solamente de estructuras sino también de régimen po-

lítico e institucional, sin descartar por cierto la eventualidad del fantasma de la "dictadura del proletariado". Estas posiciones eran propias de las fracciones radicalizadas del Partido Socialista y principalmente del MIR, pero también de otros componentes de la UP (MAPU y la Izquierda Cristiana). No es aquí el momento de discutir sobre la inadaptación de tales postulaciones a las condiciones concretas del Chile de ese entonces y a lo ilusorio que era pretender pasar al socialismo en un brevísimo plazo histórico. Basta con hacer alusión a dos hechos. Primero, nadie estuvo, ni antes ni después del triunfo de Allende, interesado en la constitución de un "partido único" de la revolución, sola garantía hasta allí conocida para la posibilidad de la toma revolucionaria del poder por la clase obrera y otras fuerzas populares. Segundo, los partidarios de la revolución Ahora! subestimaban la potencia de unas fuerzas armadas sólidamente estructuradas, dotadas de gran autonomía y modernizadas en tecnología militar y en sus servicios de inteligencia, preparadas como para librar una lucha exitosa contra el "enemigo interior". Dos de sus características se oponían a toda pretensión de que las fuerzas armadas facilitarían la instalación en el país de un sistema socialista revolucionario: su prestigio legalista, que venía de una tradición de respeto institucional (garantes de la Constitución) y la posición de clase de la mayor parte de la oficialidad superior, ligada por relaciones de familia (parentesco, matrimonio) íntimamente a la burguesía. La pretensión de instalar en un corto plazo, sin pasar por la destrucción o al menos la división de la institución militar, una dictadura po-

pular revolucionaria (puesto que en la lucha de clases se trata de eso) aparecía en 1970 como una verdadera utopía. Frente a este desafío mayor, a pesar del discurso revolucionario, no hubo en ninguno de los partidos de la izquierda chilena una estrategia de guerra popular, razón por la cual no hubo tampoco ninguna proposición seria de cómo atacar a la potencia militar garante del sistema que se buscaba reemplazar. La constitución de un ejército popular, con o sin parte de efectivos salidos de esas fuerzas militares, nunca estuvo en la discusión de ninguno de los componentes de la izquierda chilena.

El tema es entonces cómo y por qué el gobierno de Salvador Allende se dejó desbordar por el revolucionarismo al cual incitaban el Partido Socialista, partido del presidente, el MIR y otros componentes minoritarios de la Unidad Popular. A riesgo de ser acusado de "revisionista" por tocar críticamente el valor sagrado de la izquierda chilena postgolpe de Estado, la imagen canonizada por la ideología, yo me voy a permitir proponer aquí algunas pistas destinadas a argumentar que la primera responsabilidad en la derrota histórica de todas las izquierdas chilenas, hay que atribuir la al propio creador de la llamada "unidad popular", al presidente Salvador Allende.

No soy historiador, he seguido en el extranjero a lo largo de los años la evolución de la izquierda chilena y en general de la situación política en el país y me he atrevido a veces a escribir algún análisis crítico tocando la política, en función de alguna coyuntura excepcional o de mis "estados de alma" de anti-guero militante. Aprovecho para decir

que, personalmente, yo no pude nunca imaginarme a Salvador Allende como revolucionario. Y tenía mis razones. Siete años pasados en Cuba entre 1961 y 1967, me habían permitido conocer muchos líderes y procesos revolucionarios de América Latina y de otros continentes, y la comparación no favorecía en nada a nuestro líder popular y a otros líderes del socialismo chileno que frecuentaron la isla caribeña en esos años y que me fueron también conocidos. Por lo demás, yo había tenido militancia en los años 1950 en el PC y en la campaña presidencial del FRAP (Frente de Acción Popular) de 1957. Luego de mi vuelta a Chile retornando de Cuba a comienzos de 1968, mis actividades políticas de terreno ligadas al MIR (para mí, más que un partido, un proyecto para el mediano y largo plazo), me habían servido para tomar contacto con numerosos militantes y con algunos destacados “caciques” regionales y locales del Partido Socialista. Con algunos de ellos hice amistad y también alianza política circunstancial. De todas esas experiencias, antiguas y más recientes, yo me había forjado una idea más bien negativa de las pretensiones revolucionarias de los líderes socialistas tradicionales (los “guatones”, en el lenguaje popular chileno), así como del discurso revolucionario, a mis ojos, muy fácil, de los intelectuales socialistas. Yo conocí el modo de funcionamiento de los niveles intermedios y de las cumbres partidistas, conocí a muchos de los líderes de las izquierdas chilenas de los años 1960 y 1970 y tuve la oportunidad de calibrar la distancia entre las prácticas políticas de base y los discursos y comportamientos

“de arriba” de los líderes nacionales de la izquierda. De manera que cuando se produce el triunfo de Allende, que por cierto yo, como el MIR, no esperábamos, no pude evitar el sentimiento de que la victoria prometía en vez del socialismo, muy probablemente una catástrofe social y política. Las debilidades de la izquierda eran a mi juicio enormes.

Este proyecto de la revista *Ecuador Debate*, de volver críticamente sobre las experiencias de las “izquierdas” latinoamericanas a partir de la memoria histórica, me parece muy importante para las nuevas generaciones y para el reciclaje histórico de las izquierdas, y como hoy dispongo de tiempo para volver sobre procesos en los cuales tuve implicación política modesta, considero oportuno “retomar la pluma” sobre esa parte de la historia de Chile. Debo decir que yo salí de la experiencia política de los años 1970-1973 con una considerable panoplia de interrogaciones, a las cuales ni los discursos ni los documentos partidistas de la época daban respuesta. Ellas eran el resultado de la larga experiencia personal resumida precedentemente. Esta proposición de artículo la considero como una tentativa de contribuir a aportar respuesta a alguna de esas interrogantes.

Creo que para entender mejor los procesos históricos contemporáneos en Chile como en América Latina, hay entre otras cosas, que volver sobre el rol de los individuos o de los líderes en la Historia. Creo que la proliferación y la amplia difusión editorial adquirida por los estudios sociológicos acerca de los llamados movimientos sociales, así co-

mo los estudios sobre las organizaciones y las estructuras, y más recientemente los estudios sobre la "sociedad civil", han contribuido a la desaparición del individuo en la historia, del rol de los líderes, carismáticos o no, los cuales sin corresponder a la figura clásica del "héroe", juegan sin embargo roles centrales en los procesos de tipo democrático, populista o revolucionario. Ha contribuido seguramente también a este fenómeno el pobre desarrollo alcanzado en Chile como en América Latina de los estudios históricos contemporáneos y de la llamada "historia inmediata" o "de: tiempo presente".

¿Hasta qué punto, en la actividad política como cultural pueden jugar un rol capital los factores conformantes de la personalidad de los líderes, sus motivaciones personales profundas, sus ideales narcisistas a veces exacerbados? Esta interrogante contiene una problemática raras veces enfrentada por los analistas o los historiadores y está prácticamente ausente en los análisis que ha merecido lo que fue la experiencia de la izquierda chilena de los años de la Unidad Popular. Yo pretendo que el rol de los responsables políticos de la izquierda fue determinante en el curso de los acontecimientos y en el desenlace final, de la misma manera que fue importante el grado de autonomía política ganado por amplios sectores de trabajadores de la ciudad y del campo.

El caso de Salvador Allende, su rol en la creación de la Unidad Popular y luego su "conducción" fallida del gobierno marxista, es crucial para entender lo que se jugó en Chile entre los años 1970 y 1973. Sus motivaciones reformistas y/o revolucionarias deben ser

confrontadas a su comportamiento en el gobierno, a su relación con los partidos de la coalición, a su visión de las masas, el "pueblo". Es lo que me propongo hacer en esta suerte de ensayo, construido sobre una tentativa muy provisoria de relacionar comportamiento político y perfil psicoanalítico del personaje. Tengo plena conciencia de que el ejercicio no es fácil y no sin peligros, por tocar un dominio de interpretación científica no poco controvertido pero no por ello menos enriquecedor. No se trata, por cierto, de reducir la totalidad de la situación histórica a una de sus figuras centrales pero el rol de Allende me parece crucial en relación al desenlace de un proceso en crisis durable, que él dejó desarrollarse e intensificarse a lo largo de lo que duró su gobierno.

En Salvador Allende, su empeño por construir una unión de diferentes fuerzas políticas de izquierda, corresponde a una idea antigua que seguramente toma fuerza en la época de su participación en la campaña política que permitió el triunfo del Frente Popular en 1939 y la obtención, muy joven, del puesto de Ministro de la Salud en el gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda. Podemos afirmar sin temor a ser desmentidos que detrás de esta idea de reagrupamiento o de unión de fuerzas de izquierda se escondía el acariciado proyecto personal de llegar un día a la presidencia de la República, deseo que iba a dominar por sobre toda otra consideración. Su realización debía apoyarse sobre una coalición de fuerzas populares.

Su primera candidatura a la presidencia databa de 1952 y tuvo un carácter más bien improvisado frente a la

candidatura populista de Carlos Ibáñez, cuando corrientes socialistas divergentes, en disidencia con el Partido Socialista Popular dirigido por Raúl Ampuero, se aproximan por primera vez al entonces proscrito Partido Comunista para crear el llamado Frente del Pueblo. Aún cuando su candidatura no recogió más que una parte ínfima de los votos del electorado, será el punto de partida de una línea y de una acción perseverante de Allende por fortalecer el reagrupamiento de los movimientos y partidos populares, marxistas o próximos del marxismo. Una nueva tentativa fracasada de llegar a la presidencia en 1958, esta vez con el FRAP, será seguida por una tercera, también pérdida, en 1964, hasta que con la Unidad Popular triunfa en 1970 apenas con un poco más del tercio del electorado nacional.

Ganador con una coalición donde los dos partidos hegemónicos, el Partido Comunista y el Partido Socialista (partido del Presidente) estaban lejos de tener los mismos proyectos estratégicos, la misma voluntad de atenerse a la vía democrática del cambio, la misma capacidad de disciplinar sus acciones políticas. Aunque el Partido Comunista se proponía claramente permanecer fiel a su opción por la "vía pacífica" definida en 1960, para la transición al socialismo sin utilización de la lucha armada - sin renunciar por cierto a hacer presión a través de la movilización de masas para debilitar y a largo plazo derrotar al enemigo de clase- no dejaba, sin embargo, de desconfiar de Allende, cuya candidatura le había sido impuesta por el Partido Socialista. Este partido, por el contrario llegaba al gobierno en la confusión,

sin haber renunciado a su todavía fresco programa salido del Congreso de Chillán de 1967, donde no solamente se "descartaba" la vía electoral como medio de conquistar el poder, sino que veía en la violencia revolucionaria la única vía para conquistar el poder político y económico: "La violencia revolucionaria es inevitable y legítima...Las formas pacíficas y legales de lucha...no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada" (Paul Drake, 1992, 282).

La vida política de Allende había estado marcada hasta allí por una orientación más socialdemócrata que revolucionaria, independientemente de una pública adhesión al marxismo y de un discurso con frecuencia revolucionario. Su concepción más bien democrática del socialismo estuvo siempre lejos del comunismo - leninista de obediencia pro soviética, y parece haberse mantenido también poco interesado en una especie de "comunismo nacionalista" que propiciaban a fines de los 40 y comienzos de los 50 algunos destacados líderes del socialismo chileno interesados en acercar a los sectores obreros un socialismo que seguía reclutando militantes mayormente en las capas medias. En su partido de los años de la Unidad Popular, atravesado por diversas fracciones, Allende seguía alejado de las posiciones radicales representadas en la dirección principalmente por Carlos Altamirano, secretario general, y a lo largo de su gobierno sus diferencias con éste no harán más que profundizarse.

El Partido Socialista que llega al gobierno con la Unidad Popular era una organización política heterogénea que si bien se identificaba con la clase obrera captaba sectores significativos de las capas medias e incluso de la burguesía. Aunque adhería al marxismo y su discurso tomaba a veces acentos leninistas seguía siendo fundamentalmente un partido populista con pretensiones revolucionarias. En términos de aparato político, de organización interna y de modo de funcionamiento era, en efecto, una organización típicamente populista que no había cambiado gran cosa estructuralmente desde los años 1950, cuando los comunistas lo veían mas bien como un partido de "compadres", liderado por "jefes" de diversa jerarquía a quienes ellos miraban con no poco desprecio "proletario": una "vida orgánica" flexible o muy liberal, la revolución como resultado del espontaneismo de las masas, un discurso alejado de la práctica militante, un liderazgo de clase media y media alta intelectual y profesional alejado de la vida productiva y de la cotidianidad de las clases trabajadoras, eran sus ingredientes. En los niveles intermedios y de base, en vez de verdaderas estructuras, el partido tenía existencia gracias a caudillos o caciques locales y regionales, cuya dedicación al servicio del pueblo era una vocación muy fuerte, pero cuyo modo de funcionamiento era esencialmente clientelar. Ellos tenían poco que decir en las definiciones de política nacional. Eran por lo general muy fieles a la adhesión partidista y por lo mismo proclives a estimular los desbordamientos para seguir la orientación de la dirigencia central.

Muchos de ellos iban a colaborar con el MIR.

Lo dicho indicaba que el Partido Socialista era proclive a jugar la carta del "desbordamiento" del programa reformista de la candidatura de Allende y se podía suponer que éste, hombre mas bien pragmático, moderado y prudente como lo había demostrado a lo largo de toda su historia en el partido socialista y en la vida parlamentaria e institucional, que había estado siempre de lado de las posiciones reformistas democráticas y había obrado desde 1958 por las coaliciones electorales, una vez en el gobierno habría de prestar la máxima atención al peligro latente anidado en su propio partido así como a la amenaza de fracaso de su gobierno viniendo de la extrema izquierda. Tanto mas que su acceso al puesto de primer mandatario el 3 de noviembre de 1973 no fue posible sino pasando por el acuerdo *de respeto de las garantías constitucionales* exigido por el Partido Demócrata Cristiano. Era de imaginar, entonces, que Allende tenía la "parada", pero desgraciadamente los acontecimientos iban a demostrar que esto no era así.

La unidad de la izquierda promovida por Allende se presentaba entonces como un cóctel explosivo, conteniendo un peligro latente para mantener el cumplimiento del programa de gobierno dentro de las formas de funcionamiento democráticas. Buscando explicación a lo que sucedió efectivamente, es decir el fracaso de la experiencia, es muy probable que Allende haya subestimado la fuerza ideológica de la corriente revolucionaria y disgregadora de su propio partido, al mismo tiempo que

sobrevalorado su propia capacidad personal para maniobrar y contener las tendencias al “desbordamiento”. Más aún, se puede sugerir que él creía o estaba seguro de poseer la suficiente capacidad de “muñequeo” como para neutralizar no solamente los excesos de su partido sino también de sus amigos del MIR, con quienes iba a establecer una suerte de alianza extra marital. En realidad, Allende no va a ser capaz de contener los desbordamientos ni del PS ni del MIR, ni tampoco del partido minoritario MAPU, otro componente radicalizado de la Unidad Popular. Por esas ironías de la historia, iba a resultar que a lo largo de su breve gobierno, Allende se encontró la mayor parte de las veces más próximo de las posiciones del Partido Comunista, el cual permaneció fiel a su compromiso y se empeñó en respetar el marco democrático definido para las reformas, y, por el contrario, la distancia entre él y su partido se agrandó con el transcurrir del tiempo. El interés personal de Allende por conservar la Unidad y mantenerse en el gobierno iba a estar constantemente expuesto a las tensiones propias a esta bipolaridad de posiciones en juego.

Cuando la crisis de gobernabilidad fue evidente, ya en el año 1972, cuando el poder efectivo estaba, por así decir, “en la calle”, cuando el país estaba a la espera de decisiones cruciales, cuando el espectro de la guerra civil comenzaba a aparecer y el peligro de una intervención de las Fuerzas Armadas emergía como un tema diario de conversación – intervención que necesariamente debía orientarse a golpear los liderazgos políticos de la izquierda y las masas radicalizadas - el presidente no iba a tra-

tar en ningún momento de forzar la mano a la UP para clarificar las políticas del gobierno ni tampoco poner en cuestión la vigencia de la Unidad Popular como coalición gobernante, preservando así la continuidad de su mandato. Sólo en los días previos al golpe de Estado, el 28 de agosto precisamente, por formalismo y no por voluntad de ir al fondo del problema, plantea la posibilidad de su dimisión, pero cuidándose de no hacerlo como una decisión personal sino poniendo ciertas condiciones: “No vacilaré un momento en renunciar, si los trabajadores, los campesinos, los cuadros, los partidos de la UP...me lo piden” (Joan Garcés, 1976, 237), posibilidad que no estaba en absoluto a la orden del día visto el interés de los partidos de la coalición de no separarse del Estado. En realidad, la cuestión de disciplinar el proceso político, de lograr un consenso al interior de la alianza sobre puntos fundamentales que podían determinar la viabilidad o no del programa de reformas por la vía pacífica, estaba planteada ya crudamente a fines de 1971. Sin embargo, el Presidente iba a dejar pasar el tiempo sin imponer jamás su liderazgo, sin amenazar jamás que él bien podría, en una especie de chantaje perfectamente justificable, hacer abandono del cargo por no contar con las condiciones políticas indispensables para gobernar. ¿Temor a provocar el conflicto con sus aliados? Seguramente, pues ello podía significar el fin de la coalición popular y, lo más importante, como consecuencia, el fin de su mandato presidencial. Hasta tal punto a Allende le interesaba conservar a todo precio la unidad formal de la coalición para conservar el cargo de primer mandata-

rio, que no trepidará en imaginar una solución lindando con lo insensato: que las instituciones militares podían venir en apoyo de la Unidad Popular, cuando ya no quedaban otras alternativas para salir de la crisis de gobernabilidad.

Intuyendo que las cosas iban a ser muy complicadas para unificar los criterios de sus aliados políticos en vista de dar coherencia y disciplina a la acción gubernamental, y buscando evitar una ruptura con uno u otro de los componentes de la coalición, Allende no se mostró nunca como el líder político con potestad para decidir por encima de las divergencias y tensiones entre los partidos sino que, por el contrario, prefirió adoptar, como lo dijo en diversas ocasiones, el perfil bajo de "coordinador" de la Unidad Popular, de animador de la buena entente entre los partidos, donde dominaban contradicciones fundamentales tanto en cuanto a la estrategia como en cuanto a los tiempos y a los métodos. Siguiendo esta posición de principio, el presidente contribuyó a mantener el factor determinante de la ingobernabilidad: la autonomía completa de los diversos componentes de la coalición, los cuales en sus "fortalezas" al interior del Estado y en sus cuarteles generales no obedecían sino a sus propios objetivos e intereses. El parcelamiento del Estado a través del "cuoteo" político no hizo otra cosa que reforzar el juego de las fuerzas centrífugas de la Unidad. El principal consejero político

de Allende, Joan Garcés, describió así la situación: "A todo lo largo del período 1970-1973, los partidos de la Unidad Popular no se propusieron nunca la creación de un clima de confianza, de respeto y de disciplina hacia el comité político de la UP, hacia el gobierno —en tanto que institución abierta— ni hacia Allende en su calidad de representante común" (J. Garcés, 1976, 167)

Esta postura de "no liderazgo" de las fuerzas políticas que lo sostenían es altamente significativa y yo quiero insistir en la hipótesis según la cual lo que importaba profundamente a Allende por sobre cualquier otra consideración, era el objetivo de conservar la presidencia y terminar su mandato, jugar de todas maneras, aunque fuera en un plano desdibujado —por el contexto de crisis y por la carencia de autoridad— el rol para el cual había invertido lo mejor de su vida y que representaba para él una suerte de "plenitud narcisista". Porque es desde una aproximación de tipo freudiano que conviene referir lo que será el comportamiento de Allende a lo largo de la crisis prolongada del gobierno de la Unidad Popular.

¿Por qué Allende se mostró incapaz de tomar decisiones aún a riesgo de provocar una ruptura en los momentos de álgidas crisis que se sucedieron entre los años 1971 y 1973 a propósito principalmente del referéndum para dotarse de los medios constitucionales para gobernar¹, de la nacionalización de empresas

1 Allende propuso a la UP por primera vez en enero de 1971, y luego en reiteradas ocasiones, la organización de un referéndum destinado a facilitar constitucionalmente las tareas del gobierno, y también a precisar y clarificar el programa de reformas, pero siempre obtuvo una respuesta negativa.

y de la definición del Área de Propiedad Social², de la organización de las explotaciones agrícolas "reformadas"³, de las relaciones entre el ejecutivo y el Parlamento⁴, entre la UP y el PDC o a propósito de la evicción de los generales conspiradores⁵? ¿Por qué dejó que los desbordamientos provocados por la extrema izquierda contribuyeran a la creación de una situación de caos social? ¿Por qué no impidió la descomposición del Estado - su mejor arma para gober-

nar y asegurar los cambios - provocada por el juego de los intereses partidistas?, ¿Por qué, en la incapacidad de gobernar en democracia o de ponerse a la cabeza de la insurrección revolucionaria, no decidió abandonar su función para impedir una catástrofe política mayor y así evitar situaciones dramáticas a la población? Todas esas preguntas quedan en el aire si no se hace un esfuerzo por tratar de entender las motivaciones profundas del personaje.

-
- 2 Durante los tres años de gobierno, la vida política del país fue perturbada por el desorden en la puesta en práctica de la política de expropiación de empresas industriales y de servicios y su organización en la llamada Área de Propiedad Social: el programa de gobierno de la UP había previsto la expropiación de 80 grandes empresas consideradas estratégicas, pero a los dos años de gobierno, más de 200 empresas estaban intervenidas mientras que las originalmente previstas llegaban solamente a poco más de 40.
 - 3 A lo largo de 1971 y 1972, la discusión destinada a lograr una decisión política en cuanto a la organización de las explotaciones agrícolas expropiadas fue interminable (si Asentamientos, si Centros de Reforma Agraria, si Centros de Producción, o si Cooperativas) por lo mismo que numerosas unidades se organizaron espontáneamente. Todo ello repercutió negativamente sobre la productividad de las explotaciones y sobre todo contribuyó no poco a la agitación social en el campo.
 - 4 La Unidad Popular siempre estuvo en minoría en el Parlamento y toda posibilidad de hacer avanzar las reformas dependía de la Democracia Cristiana, partido centrista. A los ojos de los responsables de este partido, la UP no era creíble en razón de sus contradicciones internas y, como consecuencia, el presidente Allende no era fiable. Esta situación explica la importancia que Allende acordaba a la celebración de un referéndum, el cual debería considerar, entre otras cosas, una reforma de la Constitución mirando un reequilibraje de las relaciones Parlamento/Ejecutivo.
 - 5 La necesidad, o la obligación, para el gobierno de destituir los generales y otros oficiales de rango superior que trabajaban en organizar la conspiración quedó seriamente planteada ya a partir de junio de 1973, luego de la tentativa de golpe fallida. El colmo de la indecisión, favorecida principalmente por la posición del Partido Comunista, fue de no haber seguido el consejo del propio general Pinochet, comandante en jefe del ejército, quien durante casi tres semanas antes del golpe militar alertó con insistencia al presidente que una insurrección podía estallar en cualquier momento y que era necesario destituir los oficiales superiores que conspiraban. Allende no se decidió a correr el riesgo. En cuanto a la actitud de Pinochet, la opinión de Joan Garcés, consejero político de Allende, es que el comandante en jefe se plegó solamente a última hora al golpe de Estado, aceptando ponerse a la cabeza del mismo, su oportunismo le impulsó a apoyar al sector que parecía más fuerte (Joan Garcés, 1976, 255).

Todo pasa a mi juicio como si, una vez en la Moneda lo importante para Allende hubiera estado en permanecer allí. Era para él esencial conservar el rol conquistado con tanto esfuerzo, lo que en contrapartida no dejaba de ser difícil pues significaba también “no desmerecer” a los ojos del pueblo idealizado. Para nadie pasó desapercibido, y los observadores de la época no dejaron de señalarlo, que convertido en jefe de Estado, Allende iba a manifestar un sentido agudo de la legitimidad del cargo y de la dignidad presidencial y se iba a mostrar muy celoso por guardar sus prerrogativas, no disimulando hasta qué punto había desarrollado una alta idea de la función. Por cierto, la función estaba íntimamente ligada a la afección popular (el “compañero Presidente”) y ésta era para el hombre político el retorno de una larga “inversión” en ese viejo ideal tan arduamente trabajado que era el “pueblo”. Porque no se puede hablar de narcisismo sin hablar de ideal. Para Thierry Simonelli (2003) todo narcisismo se determina por la relación a un objeto introyectado, idealizado que, sobre el plan fantasmal, constituye una parte de sí mismo o del propio cuerpo. Así, el estado narcisista se caracteriza por un retiro de la inversión sobre los objetos externos hacia los objetos fantasmáticos internos, resultando que el Yo sobrevalorado del sujeto queda íntimamente ligado a su Ideal, fenomenológicamente que nos permite entender mejor por qué Allende había tomado partido de manera tan tajante y exclusiva por el pueblo (llegando a decir: “yo no soy el presidente de todos los chilenos”) y contra la burguesía y sus asociados,

idealizando los rasgos o las virtudes del uno y desvalorizando el perfil del otro. En esta delimitación tajante, sin duda absolutamente indispensable a su equilibrio personal, podría verse un factor decisivo de su escaso interés por negociar en condiciones favorables con la Democracia Cristiana (en la oposición) para neutralizar la oposición de derecha pero también para recuperar la pérdida capacidad de gestión del Estado (en los dos casos al precio de un desmejoramiento de su imagen), dos condiciones a partir de las cuales se podía entrever un salvataje del gobierno y de la democracia en los comienzos de 1972. Es muy significativo que Allende iba a buscar conversaciones con la DC solamente cuando se encontraba en posición de debilidad, luego de sus fracasos para hacer aceptar sus proposiciones a la UP; como si él mismo, desde el comienzo, no creyera en las negociaciones, o mejor, como si temiera que un éxito eventual de las mismas - que sin duda habrían de ser vistas como una renuncia a los ojos del pueblo de izquierda - se retorne negativamente contra su propia imagen.

La idealización del pueblo, ese objeto del cual beneficiaba en retorno el Ego del político, adquiere a sus ojos virtudes también sobrevaloradas: el pueblo (concepto muy difuso) es un ente sin fallas, sin debilidades, sin pasiones desviantes, sin odios, sin espíritu de venganza, sin oportunismos, es decir formado de individuos congénitamente buenos, seres que no ven más que el bien de los otros... por cierto fuera del enemigo de clase. La ilusión dominaba por sobre la realidad y va a explicar el

comportamiento afectuoso, aunque siempre muy formal, de hombre de buen consejo, no culpabilizante y, sobre todo, la actitud esencialmente paternalista del presidente en relación con sectores implicados en "acciones directas", "ocupaciones" o "tomas", mercado negro y corrupción, actos de venganza personal, operaciones todas fuera de la ley, en una actitud que contrastaba con la necesidad de asegurar, al menos por la izquierda, una mínima gobernabilidad.

Como ha sido estudiado sobre todo por Bela Grunberger (2003) un exceso de narcisismo, al mismo tiempo que tensiona la actividad pulsional representada y dirigida por el Yo, puede muy bien oponerse a éste último y puede determinar que los intereses mejor concebidos del sujeto pierdan toda importancia frente al deseo de satisfacer una necesidad narcisista: dicho de otra manera, puede perder todo para no "perder la cara", es decir salvaguardar por sobre todo la estimación de sí mismo, satisfaciendo de esa manera su egotismo". ¿Cómo no ligar esta adquisición psicoanalítica a esos momentos en que todo el pueblo esperaba decisiones del gobierno pero el Presidente vivía momentos de "paso a retiro" en medio de la convulsión social, ¿Tiempos necesarios para imaginar y poner en acción alguna maniobra política que le permitiría salir con la "cabeza en alto", aún si la solución no fuera más que provisoria y parcial? Lo importante parecía estar en que la imagen del Presidente quedara de todas maneras a salvo.

Los psicoanalistas han puesto también de relieve (Pierre Dessuant, 2004)

cómo más allá del principio del placer se encuentra algo así como una fuerza, una pulsión incoercible e inconsciente que lleva en algunos casos al sujeto a instalarse activamente en situaciones desagradables, incluso catastróficas. El sujeto aunque tenga el sentimiento consciente de que ese tipo de situaciones es motivado por vivencias bien reales y presentes, va a tomar distancia de la realidad, para repetir inconscientemente experiencias antiguas, en el caso que nos interesa, las experiencias políticas pasadas.

De los rasgos de la personalidad política de Allende, tomemos el ejemplo de su confianza exagerada en sus capacidades de salir airoso en el ejercicio de lo que en Chile se llama popularmente el "muñequero político". Durante su gobierno se puede observar la priorización que él da a este mecanismo como puerta de escape a los impasses en que lo colocan las contradicciones y bloqueos de la Unidad Popular, o las acciones implementadas por la oposición de derecha. Todos los observadores de la vida política chilena de esa época, estuvieron de acuerdo en poner de relieve esa capacidad de maniobra extraordinaria que poseía el político de larga trayectoria parlamentaria. Allende era consciente, y por cierto muy orgulloso de este reconocimiento público. Ello no hacía más que alimentar su gran pasión por su propia persona. Solamente que ni él ni los observadores aludidos tomaban en cuenta que el ejercicio se había demostrado eficaz y rentable en condiciones de normalidad democrática e institucional, cuando todo pasaba en los pasillos y en las salas del Congre-

so, o en conciliábulos restringidos entre gentes conocidas y algunas veces emparentadas aunque de tiendas políticas distintas e intereses distintos, lejos del ruido de la calle, un poco a veces como en los rituales de la franc-masonería, espacio que el Presidente continuó practicando como miembro activo. El contexto de 1971-1973 es sin embargo completamente diferente. Aquí se trata de dar conducción a un proceso complejo en extremo, a la realidad de una lucha de clases declarada, que obliga a posicionarse estratégicamente sobre el curso de la historia patria, que escapa grandemente a la gestión habitual, que obliga a tratar los problemas de cara al pueblo, tanto mas que éste, en las circunstancias, se ha atribuido un rol de actor de primer plano. Superar una crisis social provocada por la lucha de clases a través del mecanismo descrito de la transacción complaciente, si bien era reconfortante para el Presidente, era una solución solamente en apariencia que no aseguraba para nada la continuidad sin fallas de la adhesión popular.

Frente a la incapacidad de evitar las contradicciones y los frenajes provenientes de la UP, a la incapacidad de negociar con los enemigos políticos incluida la DC, Allende cree poder, ya en los meses previos al golpe del 11 de septiembre, salvar la situación por la vía habitual de la maniobra: buscando la adhesión o la neutralización del ejército con la incorporación de algunos de sus generales al gobierno, primero al ministerio de minas, luego al ministerio del Interior y por fin a varios de ellos. De esas maniobras, cuya iniciativa debía depender siempre de él, Allende salió

cada vez muy contento y orgulloso, creyendo haber salvado la situación. Tal vez por esto, cuando las fuerzas armadas en julio de 1973 deciden discutir con el gobierno sobre un conjunto de proposiciones provenientes del Estado Mayor, el presidente se niega a recibir a los tres comandantes en jefe, señalándoles que el reglamento prohibía a las fuerzas armadas tomar iniciativas políticas. ¿Excesivo puntillismo en cuanto a sus atribuciones presidenciales a pesar de la gravedad de la crisis? Sin embargo, en el límite extremo, el 31 de agosto de 1973, solamente 10 días antes del golpe de Estado, Allende decía a su consejero político: "En esta partida, donde todos juegan escondiendo su juego, yo tengo también algunas cartas secretas", haciendo alusión a hipotéticos apoyos en el seno del ejército de tierra (Joan Garcés, 1976). ¿Pérdida del sentido de la realidad?, ¿Culto del inmediatismo con olvido de lo estratégico? En todo caso, a esta fecha, no existían en absoluto las condiciones para imaginar la viabilidad de una suerte de autoritarismo populista teniendo a Allende a la cabeza y a los militares y a la Unidad Popular como plataforma política.

La identificación del sujeto al objeto Ideal, al pueblo, va a tener influencia decisiva en el comportamiento y accionar del Presidente. A propósito de la identificación del Yo al objeto, se ha mostrado por diversos autores la utilización de ésta en el reforzamiento de la inversión narcisista. Tal identificación se inscribe en la dialéctica amor del objeto (el pueblo) –necesidades narcisistas (el líder). "La identificación sirve "tanto al amor objetal como a las necesidades

narcisistas del Yo, lo más a menudo los dos a la vez, de tal manera que cada uno de esos objetivos es a veces difícil de distinguir del otro" (P. Dessuant, 2004, 120). Como quiera que sea, Allende había desarrollado a tal punto esta identificación al objeto narcisista que no tenía inconveniente en explicitarlo públicamente: "con mi triunfo el pueblo ha entrado a la Moneda", o todavía, "el pueblo es el gobierno". En entrevista a Régis Debray (203, 36) en enero de 1971, Allende se expresaba así: "...un pueblo unido, un pueblo consciente de su tarea histórica, es un pueblo invencible, sobre todo cuando tiene dirigentes consecuentes, cuando hay hombres capaces de comprender al pueblo, *de sentir que ellos son el pueblo convertido en gobierno*". Líder = pueblo convertido en gobierno!!! La fuerte identificación al objeto (al pueblo) si bien era rentabilizada por el sujeto en su afirmación narcisista, tenía como contrapartida el peligro de la fragilidad inherente a toda relación libidinal, el relajamiento de la relación pudiendo provocar un repliegue sobre el Yo del sujeto. Y, como los psicoanalistas lo dicen, ese repliegue es por esencia peligroso.

La fijación allendista en su identificación al pueblo va a ser puesta a prueba por el debilitamiento de la relación narcisista. La deteriorización parece haberse operado en dos sentidos. Más allá de una adhesión mitigada, obligada por las circunstancias, es evidente que la secuencia innumerable de indecisiones en el gobierno, las vacilaciones de toda clase, los silencios frecuentes, por sobre un panorama de carencias de bienes y

servicios que se acentuaba con el pasar de los días, habían ido provocando un distanciamiento entre la cúpula del gobierno y las masas cada vez más radicalizadas y disconformes. El libre curso de las pasiones populares no desencadenaba ni una impulsión viniendo del gobierno para abrir ampliamente el cauce al proceso revolucionario, ni tampoco una reacción destinada a encauzar la dinámica social. La resignación popular se expresaba desde fines de 1971 en esta fórmula irracional y desmoralizante, altamente significativa: "este gobierno será una mierda pero es nuestro gobierno". Alain Touraine (1973), observador del proceso chileno entre julio y septiembre de 1973 resumió con agudeza este estado de cosas: "Chile vive fuera del mundo político, sumergido en lo "social": impulsión popular, contra impulsión de los grupos de clase media, huelgas y manifestaciones. No hay más clase dirigente, tampoco gobierno, y se puede preguntar por momentos si existen otros partidos que el PC y la DC, salvo cuando se trata de repartirse los beneficios de la burocracia del Estado y los accesos al mercado negro"

Por su lado, Allende no podía dejar de sentir que su imagen se desmejoraba en la medida en que su relación de confianza con el pueblo se debilitaba y que la hora de la verdad estaba llegando para él. La única posibilidad de relanzar el lazo identificatorio estaba en que él, Salvador Allende, asumiese una condición de revolucionario de verdad, compatible con lo que en sus discursos no había dejado de repetir en los años 1960. Pero esto era imposible para alguien que había hecho una carrera po-

lítica de 40 años en las prácticas y en los lugares de la democracia parlamentaria, que respetaba la institucionalidad del Estado, y que sobre todo al nivel personal nunca se había preparado psíquicamente ni materialmente para el rol, naturalmente expuesto, exigente en audacia, lleno de peligros y de destino incierto, que es el de los revolucionarios: "En 1970, a Allende se lo identificaba con el estilo socialdemócrata del ala derecha del partido. No obstante con los años había avanzado mas hacia la izquierda y había permanecido mas en ella que sus contemporáneos y amigos Rómulo Betancourt y Haya de la Torre", dice Paul Drake, historiador del socialismo chileno (Paul Drake, 1992, 287)

Los discursos y las representaciones que habían contribuido a cultivar el lado revolucionario del personaje no bastarán para cubrir la brecha provocada por la percepción de una pérdida gradual del objeto, es decir, pérdida de la confianza y, más allá, pérdida del amor del pueblo.

El contraste entre el lado revolucionario en los discursos de Allende y sus prácticas conocidas de demócrata progresista que hacían de él un reformista más que un revolucionario, ha sido tratado por los analistas bajo el concepto poco esclarecedor de "ambigüedad", término seguramente ajustado para lo que era lo visible del acontecer político, pero que no da cuenta del hecho que el actor principal tenía una posición de principio para sus opciones políticas que consistía en que la solución (o la no solución) del problema planteado era siempre narcisista, poniendo de mani-

fiesto la dificultad o la incapacidad para reemplazarla por otras soluciones. En esto, el comportamiento de Allende es completamente coherente consigo mismo, puesto que incapaz de imponer una solución unificadora por encima de las contradicciones de los partidos de la Unidad Popular, él deja que la solución la busquen los otros, con lo cual es fiel a la definición que él mismo daba de su propio rol, como lo he dicho en otra parte: solamente un "coordinador para asegurar la unidad", unidad que se demostraba cada vez más ficticia pero que a pesar de eso no pondrá jamás en duda su rol de primer mandatario. Allende no podía nada, estaba sólo frente a la consigna de "unidad", mil veces repetida por el pueblo, observador crítico de las visibles y profundas divergencias existentes en el seno de la coalición en el gobierno.

El lado "revolucionario" propio del discurso allendista tiene también su explicación en la necesidad de reforzamiento del mecanismo narcisista. Si se trataba de mantener una relación fuerte al ideal, imposible en los años de la Revolución Cubana de llegar a ser Presidente de Chile apoyado por las fuerzas populares sin pasar necesariamente por rendir pleitesía a Fidel Castro y a los logros de la revolución caribeña. Esto para el pueblo era indispensable y para Salvador Allende una necesidad vital. Solamente que en su entusiasmo va a llevar demasiado lejos esta relación, comprometiéndose con ello su destino personal y el destino mismo del proceso político chileno:

- Decide hacerse amigo personal de Fidel Castro y deja en el ambiente la

idea de que él seguirá sus pasos (gesto simbólico: fotografía ampliamente difundida de Allende portando un fusil Kalachnikov, regalo de Fidel);

- Introduce o acepta al MIR en su entorno más próximo: su propia hija Beatriz, consejera personal, es mirista y su marido es el principal agente cubano en Chile, su sobrino Pascal Allende (dirigente prestigioso del MIR) lo encuentra con frecuencia, mantiene relaciones amistosas, aunque esporádicas, con Miguel Enríquez, dirigente máximo del MIR, y en fin, acepta o instala la presencia mirista en las propias oficinas de la presidencia.

- Invita Fidel Castro a visitar el país en el momento más inoportuno, cuando la reacción de la derecha a las medidas del gobierno tomadas a lo largo de un año, empezaba a endurecerse y la visita cubana no podía sino exacerbarla. En realidad así fue, tanto más que Fidel se transformó en un huésped bastante pegadizo, puesto que decidió quedarse un largo mes en el país, a tal punto que una gran parte en la izquierda comenzó a inquietarse. Este acontecimiento marcó el comienzo de las "manifestaciones de las cacerolas".

¿Fue la conciencia de la debilidad de su propio partido, o fue la idea tal vez confusa de que el MIR, apadrinado por los servicios de inteligencia cubanos, ofrecía una tabla de salvación para su imagen de revolucionario, lo que explica la búsqueda por Allende de su proximidad, a pesar del rechazo casi "biológico" que el PC manifestaba por la extrema izquierda. Como quiera que sea, un hecho principal, la bancarrota del reformismo de la Unidad Popular,

está en parte vinculado íntimamente a las relaciones ambiguas que se establecieron entre el propio presidente Allende y algunas fracciones del PS con el minúsculo partido de extrema izquierda que era el MIR en la época del triunfo electoral. ¿Es que un imaginario fantasmático, una suerte de romanticismo revolucionario, una suerte de deseo profundo de un golpe de azar de la historia, jugó más fuerte a favor del MIR que toda idea de neutralizarlo en su extremismo? Lo cierto es que en el marco de las ambigüedades de la trilogía Allende-/MIR/PS, la radicalización izquierdista va a ganar en intensidad y va a conquistar una considerable legitimidad popular, el Gobierno va a ser desbordado rápidamente, el Estado va a entrar en descomposición aguda y la UP en su conjunto va a sufrir una fuerte erosión por radicalización de sus bases sociales.

En términos reales, la alianza de Salvador Allende con el MIR aparece como el producto de malentendidos. Era claro para la dirección del MIR que la llegada de Salvador Allende al Gobierno representaba una puerta abierta excepcional a la extensión de sus actividades de agitación, de reclutamiento y de organización de masas. Al calor del triunfo popular, en el cual el MIR no creía, era necesario pues darse los medios de llegar a obtener resultados. De allí su apoyo crítico al gobierno de la Unidad Popular. El contexto de tensión creado por la derecha en su tentativa de impedir la ascensión de Allende al poder (asesinato del General Schneider y otros acontecimientos) favorecía la aproximación. Se trataba en primer término de asegurarse una protección po-

lítica, de contar con una especie de *laissez-passer*. Luego, sacar partido de los medios institucionales y apoyos materiales que podía ofrecer el aparato del Estado. Acuerdos específicos fueron pasados con el PS y con Salvador Allende. La benevolencia y una cierta protección del movimiento de parte de sus aliados en el Gobierno eran cruciales para el desarrollo del movimiento. Se trataba de buscar la manera de que a través de esas alianzas pudieran valorizarse sectores de actividad política donde el partido aparecía a los ojos de la población con una imagen de eficacia y dedicación verdadera a la causa revolucionaria, en particular dos: actividades de información y paramilitares de una parte, y de otra, las operaciones de ocupación de tierras conducidas en el campo por el Movimiento Campesino Revolucionario (MPR). Las intervenciones en el sector industrial solo tomarán fuerza bien avanzado el deterioro de la imagen de los partidos oficiales que controlaban los sindicatos.

La concretización más visible de la alianza de MIR/Salvador Allende fue por supuesto la protección prestada a la seguridad de la persona del Presidente por el "Grupo de Amigos Personales", guardia personal constituida durante el primer período por "operativos" exclusivamente militantes del MIR, y en cuyo control político había personas del entorno cercano del Presidente y miembros del movimiento que aportaban el aspecto "serio y políticamente fiable" de la operación. Mas allá de ocuparse de la protección prestada al Presidente, el MIR puso su experimentado servicio de inteligencia al servicio del gobierno.

Como contrapartida, toda una serie de actividades mas o menos clandestinas del movimiento, casi todas invisibles para la opinión pública, aunque no se puede afirmar que ellas fueron financiadas por el Estado fueron al menos facilitadas por los servicios de la Presidencia, aquéllas en particular ligadas a los contactos de la organización con los servicios de inteligencia cubanos, el envío de militantes a prepararse en la Isla caribeña en especializaciones profesionales u operaciones especializadas.

El otro ámbito, que se mostró de una gran importancia para la transformación del MIR en una fuerza política de masas fueron las alianzas pasadas con fracciones del Partido Socialista para facilitar en los campos las actividades del "Movimiento Campesino Revolucionario". Pero, sobre todo, esas alianzas iban a favorecer la "permissividad" de las acciones directas sobre las grandes y medianas explotaciones agrícolas y sobre los centros industriales de los más diversos tamaños, mucho antes de que el gobierno hubiera decretado su intención de medidas expropiatorias. Permissividad igualmente para las acciones políticas destinadas a crear "Congresos Campesinos", "cordones, industriales" o "comandos comunales", fórmulas en ruptura con la formalidad institucional y con las estructuras organizacionales de los partidos de la Unidad Popular y que se insinuaban como siguiendo el camino de la concepción de los "soviets" rusos, todo ello significando apartarse de los límites democráticos y constitucionales en que el gobierno debía enmarcar su programa.

La catástrofe prevista personalmente en 1970, tomó forma concreta, en efecto, ya en los comienzos de 1972, momento en que la agudización de la crisis social y de la lucha de clases parecía dirigirse ciegamente al naufragio. Hay algunos elementos indicando que Allende percibió muy temprano que la dinámica social desencadenada por su gobierno conducía a esa catástrofe y a su fracaso personal. Es muy significativo por ejemplo que en fecha tan temprana como en Noviembre de 1971 haya hecho alusión a su suicidio, dejando entrever una premeditación del gesto que habría de realizar el 11 de septiembre 1973. El diario Figaro, de Paris, el 13 septiembre 1973 citaba a François Mitterrand diciendo textualmente: "Esto (el suicidio), no me extraña. Cuando yo fui a su casa, él (Allende) me mostró sobre su escritorio el busto de un antiguo presidente de Chile, José Balmaceda, quien se suicidó en medio de un pusch militar. Allende me dijo: Si soy derrocado, yo haré la misma cosa". La idea de la muerte estuvo presente en Allende desde los primeros días de su gobierno: "Yo no retrocederé ni un paso...Solamente acribillándome de balas, podrán impedirme la realización del programa del pueblo", "Sólo muerto me sacarán de la Moneda"... Hasta que el día del drama, en su cuarta alocución al pueblo, a las 9,03 AM, hace el anuncio definitivo: "Pagaré con mi vida la defensa de los principios que son caros a mi patria".

El proceso político confuso desencadenado por la Unidad Popular no ofrecía claridad en 1972 sino sobre dos puntos: el primero, que el gobierno de

Allende daba vueltas en redondo (por indecisión), y el segundo, que el movimiento social y político radicalizado seguía una dinámica en espiral, obedeciendo a sus propios impulsos, pero huérfano de una cabeza dirigente, de un líder con capacidad de conducción, a la cabeza de un sólido partido revolucionario. Balance desastroso! Cuando Allende termina sus días, el panorama de la izquierda y del gobierno es desolador y creo que el mejor retrato del contexto es el descrito por Touraine el 9 de septiembre, dos días antes del golpe: "Hoy, Chile es un socialismo democrático pero en descomposición. Allende no ejerce mas el poder, él no conduce ninguna política; él trata de nadar y podría perfectamente ahogarse. La Unidad Popular es un navío sin mástil, sin timón y sin unidad de comando"(Alain Touraine, 1973,192)

En ese contexto, la percepción de no estar a la altura del ideal construido a lo largo de tantos años, que los objetivos no solamente no pueden ser cumplidos a cabalidad sino que tienden a alejarse, fueron constataciones que forzosamente deben haber repercutido sobre el equilibrio narcisista. Puede hacerse alusión a este propósito a la noción de "mortificación" narcisista cuya traducción sería que en la vergüenza del Yo y en la humillación de no haber podido controlar activamente los factores de regulación de la relación narcisista, se produce una herida profunda. Cuando el factor narcisista en su esencia es puesto en posición de fracaso, el sujeto debe enfrentar la noción de "pérdida narcisista" y sufrir sus consecuencias según un mecanismo que puede imagi-

narse como algo semejante al efecto de boomerang: “Nosotros observamos a menudo situaciones conflictuales entre el narcisismo y el Yo, en las cuales el narcisismo, en lugar de sostener el Yo, se opone a él; constatamos a menudo que la consecución de un ideal narcisista altamente valorizado prevalece por sobre todos los intereses egotistas del sujeto, lo que puede conducir, a través de una sucesión de actos hostiles al Yo, hasta su supresión completa por la muerte” (Béla Grunberger, 2003,21).

Este sería un esquema explicativo válido para entender la solución que encuentra Allende a la crisis política y personal en medio de la cual se había instalado durablemente.

El día mismo del golpe de Estado, Allende tuvo la posibilidad de evitar la muerte pasando a la clandestinidad y poniéndose a la cabeza de una eventual resistencia popular, sea en el país, sea desde el extranjero. ¿Por qué en vez de tomar ese camino, que habría sido el camino de la acción revolucionaria, de la aventura o del sueño utópico, tomó el camino de Balmaceda, tomó precisamente el camino de La Moneda, palacio presidencial ya casi enteramente sitiado, a partir de donde, en realidad, no había nada que hacer ni militar ni políticamente, puesto que la UP no tenía fuerza militar propia? ¿Por qué, sino por la exigencia de una solución narcisista a la crisis de la imagen?

Las últimas semanas antes del golpe, Allende apareció muy poco en público, prefiriendo la soledad de un círculo muy restringido, se separa incluso provisoriamente de su principal consejero político, quien lo ha acompañado a

lo largo de su gobierno (Joan Garcés), su aspecto es más bien preocupado. Todo lo contrario de los primeros días de gobierno, cuando confortado por el entusiasmo popular se mostraba seguro de sí mismo, dejando en sus interlocutores la sensación de una fuerte personalidad, más aún, la sensación de invulnerabilidad misma. Esto era resentido por los que se le aproximaban no solamente haciendo referencia a los peligros viniendo de sus enemigos políticos, del enemigo de clase, sino también con relación a su propia seguridad personal. Sus guardias personales tenían a veces problemas para protegerlo en circunstancias complicadas. Todo su accionar era extremadamente tranquilo, mesurado y formal, cuando eran necesarios un ritmo y modalidades securitarias: “Tranquilo compañero, conmigo no pasa nada” (manera de decir: “estoy por encima de los peligros”). Ahora bien, se sabe que la creencia en la invulnerabilidad es precisamente uno de los rasgos más discernibles entre sujetos practicando un culto narcisista exagerado y, por supuesto, tal creencia puede revestir formas peligrosas para ellos, para su entorno y para la sociedad.

Se puede sugerir entonces que el suicidio de Allende corresponde, no como han propuesto algunos autores, a un sentimiento de culpabilidad frente al pueblo o a la historia, a una confesión de fracaso político, sino que puede interpretarse, siguiendo a Freud (1971), como un gesto derivado de una culpabilidad egotista donde lo esencial es el *auto ajuste de cuentas* para escapar a la humillación. Los orígenes del sentimiento de culpabilidad estarían en la angustia delante de un Yo sobreestima-

do, angustia proveniente de la imposibilidad de esconder la persistencia del deseo de invertir en el objeto, en este caso en el amor del pueblo, el mismo que nutría, en retorno, la valorización narcisista del sujeto. La imagen del líder se desvalorizaba, desdibujándose ante el pueblo frente a su imposibilidad de pasar a la acción revolucionaria, de asumir la responsabilidad de la palabra y del gesto, y ello no podía sino impulsar al sujeto a castigarse a sí mismo.

La interpretación que acabo de proponer sobre el rol jugado por el Presidente Allende en el período que duró su gobierno ha puesto en juego los elementos más visibles de la relación del personaje a la política, apuntando a la manera como enfrentó los desafíos principales que la realidad se encargó de presentarle. Es muy probable que un estudio afinado de las diferentes etapas de su vida política, así como ciertos rasgos de su biografía personal, permita reforzar la validez interpretativa de esta primera tentativa de cruzar aspectos de la personalidad del actor con los acontecimientos históricos y tal vez esclarecer otros aspectos de ese período no tocados en este artículo.

Epílogo

Por su lado, los dirigentes que estimularon la radicalización de las masas y que insistieron en acelerar un camino revolucionario, que en última instancia no podía tener otro desenlace que la guerra popular y de clases, no asumieron las implicaciones prácticas de una tal postura.

Fuera de algunas breves escaramuzas libradas por propia iniciativa de al-

gunos heroicos militantes de base de "cordones industriales" y de barrios populares y de la resistencia ofrecida por los militantes del MIR y obreros forestales en la región de Panguipulli, la guerra popular revolucionaria pasaba a la literatura de la ciencia-ficción...

En realidad, los únicos que creyeron en la posibilidad de tal guerra fueron los militares, quienes dejándose influir por los discursos revolucionarios y los rumores sobre el armamentismo de los partidarios del gobierno, creyeron que tendrían que vérselas con milicias armadas o con un ejército popular salido de las actividades clandestinas de las famosas "Comisiones militares" del MIR y del PS en particular. Hasta cuatro o cinco meses después del golpe, las fuerzas armadas se consideraron en "estado de guerra", temiendo de un momento a otro un levantamiento armado, lo que en parte explica el encarnizamiento y la crueldad en la represión de que hicieron gala.

A la dirección del MIR, impregnada de revolucionarismo pequeño-burgués, para emplear la terminología en boga en la época, lo que le interesaba no era que el gobierno de Allende se salvase y con ello que se hubieran asegurado algunas conquistas para los trabajadores. En verdad, la salud del gobierno de Allende le daba igual al MIR, lo que le interesaba era devenir en el partido hegemónico de la izquierda chilena, aunque fuera sobre las cenizas de la Unidad Popular. De manera irracional, fundada en una pobre percepción del futuro, sus dirigentes pensaban que después de la derrota de la Unidad Popular el terreno sería más que favorable para la concretización de su destino como nueva fuer-

za hegemónica en la izquierda chilena. Esta posición cruda de la dirección no fue públicamente expuesta en Chile pero era conocida por los militantes. Ella fue públicamente expuesta, por el contrario, después del golpe militar. Por ejemplo, Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, la expuso claramente en una gira europea realizada en 1974, donde hace aparecer al MIR no solamente como la fuerza principal de la resistencia a la Junta Militar, sino como el partido revolucionario del futuro. Esa disposición de espíritu dominante en la dirección entre 1970 y 1973 explica que la cuestión de la guerra popular revolucionaria nunca fue tema de discusión en ninguna de las instancias del partido, incluida la Comisión militar. Explica también la dispersión y la inarticulación de diversas actividades que tenían relación con la eventualidad de la guerra, que ellas fueran muy poco valorizadas, y que la reiterada demanda de algunos militantes de abrir una discusión interna sobre las perspectivas de una salida por la guerra popular nunca fueran atendidas.

El MIR no solamente no estuvo en condiciones materiales y políticas de afrontar la cuestión, sino que nunca se interesó en la perspectiva de la guerra popular: no es solamente que no haya tenido tiempo o recursos sino que, lo más importante, y a pesar de asistir cotidianamente a la movilización revolucionaria de las masas, ideológicamente no logró nunca superar una visión "guerrillera" de la revolución.

En cuanto al Partido Socialista, su "Comisión militar", de la cual sus militantes hablaron en exceso y sin fundamento, no parece haber pasado de las buenas intenciones a los actos, a no ser

que haya tenido algo que ver con el reclutamiento de algunos marinos de la Armada Nacional en Valparaíso, cuya iniciativa corrió en verdad por cuenta del secretariado regional, aunque la derecha la haya atribuido al propio secretario nacional del partido, Carlos Altamirano. En cuanto al aprovisionamiento en armas de bajo calibre, pistolas o escopetas, "matagatos" en realidad, sus militantes dependían del aprovisionamiento que marginalmente podía aportarles el MIR. Y para no seguir hablando demasiado en serio de algo que no pasó mas allá del romanticismo y de la irresponsabilidad, creo que después de citar un hecho altamente significativo contado por Joan Garcés, lo mejor es terminar con una anécdota, cuya dramática significación el lector podrá fácilmente percibir.

Joan Garcés escribe (traducción del francés): *"Es en la mañana del 11 de septiembre, poco antes de las nueve, cuando los vuelos rasantes de la aviación hacían difíciles las conversaciones que, en un corto minuto de audiencia que Allende concede a Hernán del Canto, miembro de la dirección del PS, este último demanda al presidente:*

- Presidente, yo vengo de la parte de la dirección del partido a preguntarle a Ud. lo que es necesario hacer, y donde quisiera que nosotros estuviéramos.

- Yo sé donde está mi lugar y lo que debo hacer, replicó secamente Allende. Antes no me han preguntado nunca mi opinión: Por qué me la preguntan ahora? Ud, que ha alardeado hasta aquí, debe saber lo que tiene que hacer. Desde el comienzo yo he sabido cuál es mi deber.

La conversación se terminó allí. Del Canto se fue" (Joan Garcés, 1976, 276).

Este incidente parece confirmar un hecho que me fue relatado un par de meses más tarde. En noviembre de 1973, entré en la Embajada de Francia en condición de asilado y a los dos días de permanecer allí noté que en el descanso de la escalera que descendía a una gran sala circular subterránea donde estábamos instalados unos 40 asilados aproximadamente, detrás del mesón de un pequeño bar que era utilizado de tiempo en tiempo con ocasión de alguna recepción o reunión ampliada, se había instalado con su catre de campaña un personaje que me llamó la atención. A la media mañana ponía sobre el estrecho mesón un transistor de talla mediana y con él trabajaba en poner a punto un texto grabado por él relatando los acontecimientos del asalto a la Moneda el día del golpe militar. Preguntando, me enteré que era un periodista sindical del Partido Socialista y que se hacía llamar "Caverna", su nombre de batalla. Al cuarto día me le acerqué a conversar y me contó la parte más reciente de su historia: efectivamente, era un militante socialista antiguo, periodista del sindicato de la construcción, de tendencia trotskista, que en los últimos meses había estado en contacto con la "Comisión militar" del partido y que a pedido de ésta había asumido la responsabilidad de encargado militar ("jefe") del frente de los obreros de la construcción del Metro santiaguino. Recordaré que al menos unos 20.000 obreros trabajaban diariamente allí en las excavaciones y transporte de material, en obras de contención, etc. Dos o

tres días antes del golpe, el compañero recibe la consigna de estar infaltablemente todas las mañanas muy temprano en su puesto de responsabilidad político-militar, en la Alameda Bernardo O'Higgins, pues había señales de un posible golpe militar. Se le asegura que en caso de concretizarse el golpe, él recibirá para su distribución a los obreros, al menos dos camiones cargados con armas. Se le exige el mayor secreto sobre esta operación, diciéndole que desde ese momento las únicas órdenes que debe seguir son las provenientes del Comité Central. A partir de allí un tiempo de espera se instala. El día 11 de septiembre, cuando se disponía a dirigirse a su puesto de responsabilidad, hacia las 8 A.M., recibió un llamado telefónico de una personalidad muy conocida, miembro del Comité Central y parlamentaria, pidiéndole venir a buscarla en auto (con su vehículo de función) para llevarla de urgencia a un sitio todavía no precisado. Llegado a la dirección indicada, se le explica que la dirigente en cuestión debe asilarse en la Embajada de México y que, como la misión es delicada e importante, se necesita que un compañero eficaz y responsable se encargue de transportarla y entregarla en manos del embajador de ese país. Ese hombre es él. No se imaginaba, el compañero, que una vez cumplida con éxito esta tarea, considerada políticamente importante, que se le iban asignar dos otras misiones del mismo tipo, determinando que el "responsable militar de los obreros del Metro" pase la mayor parte de la mañana ocupado en transportar dirigentes que habían decidido asilarse y abandonar el país. Término del relato:

el compañero "Caverno" no tuvo necesidad de mayores evidencias para pensar que la situación era de "desbandada" y decidió que él mismo debía también asilarse, eligiendo para ello la Embajada de Francia. No se sabe cuál fue, en ese día, la suerte de los obreros del Metro...y de los camiones con armas nunca se habló.

Referencias

- Debray, Régis
1973 «*Entretien avec Salvador Allende*», in «Chili, 11 septembre 1973. La démocratie assassinée», Arte Editions, Paris,
- Dessuant, Pierre
2004 «Le narcissisme», Que sais-je?, PUF, Paris
- Drake, Paul
1992 "Socialismo y Populismo. Chile 1936-1973", Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso.
- Freud, Sigmund
1971 "Malaise dans la civilisation", PUF, Paris
- Garcés, Joan
1976 "Allende et l'expérience chilienne", Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris
- Grunberger, Béla
2003 "Le narcissisme", Petite Bibliothèque Payot, Paris.
- Haynal, André
«Narcissisme et sublimation»,
www.sospsy.com/Bibliopsy/biblio2/biblio014.htm
- Simónelli, Thierry
2003 "Narcissisme destructeur et identification projective", (www.psichanalyse.lu/articles):
- Touraine, Alain
1973 «Vie et mort du Chili Populaire» Seuil, Paris.

Serie: Estudios y Análisis

Dinámicas Rurales en el Subtropico

Luciano Martínez Valle



Este nuevo trabajo de L. Martínez, presenta la complejidad de las estrategias de producción de estos sectores que en la mayor parte provienen de colonizaciones internas, sujetas a un dinámico mercado de tierra.

Partiendo de un estudio de caso en La Maná-Cotopaxi, se abordan cuestiones como: la agricultura familiar (en crisis?), las estrategias productivas y de sobrevivencia en sectores de subtrópico, la conformación de urbedormitorios turgurizados.

La viabilidad de los clusters productivos, los medianos y pequeños productores y las empresas de agroexportación bananera son otros de los problemas tratados.